



M^{MA} ROLLAND.

Publicado por Juan Olveres Barua.

MADAMA ROLLAND.

Es una de las mugeres mas admirables que sin duda han producido los tiempos modernos, y á la que con dificultad podrian los siglos antiguos oponer una rival; una de esas almas en quienes parece se complace la naturaleza en prodigar sus dones, y que no reproduce sino á intervalos muy dilatados; sobresaliente en las cosas de importancia no menos que en las pequenezas, agraciada cuanto valerosa, amable cuanto sensata, y jovialmente blanda cuanto capaz de un sacrificio heroico.

Antes de entrar en la vida de un personaje célebre, apetece uno ver representada su imágen; así pues, digamos algo acerca la figura de madama Rolland. A juicio de M. Lemon-
tey, que tuvo ocasion de verla con frecuencia, tenia la tez sumamente delicada, y conservó su rosada y agradable frescura hasta muy entrada en edad; sus ojos y cabellera eran de extraordinaria belleza. *Notóse en ella un aire de adolescencia y de sencillez que le duró hasta los últimos dias de su vida.* Riouffe, que estuvo encerrado en la misma cárcel que madama Rolland, añade: «En sus ojos negros, grandes y llenos de espresion y blandura brillaba un no sé que que no se halla en lo comun de las mugeres. Producíase con tal pureza, tal cadencia y tal prosodia, que su habla venia á ser una especie de melodía que siempre alhagaba al oido y al enten-

dimiento. Su talle era soberbio (1). M. Champagneux, uno de los amigos mas íntimos de madama Rolland, asegura que el retrato que de ella hace Riouffe, en vez de ser lisongero, le parece inferior á la realidad, no presentando mas que débiles rasgos de su perfeccion; y añade que hubiera sido preciso retratarla cuando la agitaban todos sus afectos, y particularmente cuando experimentaba el delicioso sentimiento de una buena obra, en cuya ocasion debiera habérsela pintado con las mismas facciones con que se pinta á la virtud (2).

Ahora reproduciremos la silueta que ella tomó de sí propio: Nada de particular tiene mi cara, sino muy buen color, y mucha suavidad y espresion. Cuando se ven trazadas en particular cada una de las facciones, sin duda se preguntará: ¿donde está la hermosura? no hay una que sea regular, y todas juntas agradan: la boca es algo grande, y las hay mucho mas bonitas, pero ninguna tiene el sonrís mas tierno y seductor; por el contrario, los ojos no son muy grandes, el iris es de color castaño, pardo y arrimado hácia arriba, el mirar despejado, franco, vivo y suave, y las cejas negras como el cabello y bien arqueadas; la vista es varia en su espresion, siguiendo los impulsos del alma afectuosa, noble y severa, como que á veces impone, pero con mucha frecuencia halaga y anima. La nariz me incomoda algun tanto, porque la encuentro algo abultada de la punta, si bien nada afea á lo demas si se mira por junto y particularmente de perfil. La frente ancha y descubierta, sentada sobre la órbita muy elevada del ojo, y cruzada por venas en forma de Y, y que desaparecen con la mas ligera emocion, dista mucho de participar de la nulidad que se le halla en muchas caras. Por lo tocante á la barba, es algo arremangada, y tiene los rasgos que indican los fisionomistas para la voluptuosidad; y efectivamente, si los comparo con lo que he pasado, dudo que persona alguna haya nacido mas inclinada á ella, y la haya gozado menos que yo. La tez rosada mas bien que blanca; colores vivos, con frecuencia animados aun mas por el repenti-

(1) *Memoires d'un detenu.*

(2) *Obras de madama Rolland, discurso preliminar, pág. 70.*

no calor de una sangre hirviente, escitada por nervios sumamente sensibles; cutis suave, la mano bien hecha, sin ser pequeña, porque los dedos largos y delgados indican destreza y hacen gracia; dientes blancos y bien clavados; carnes que anuncian perfecta salud; pierna bien formada, pie firme y bien sentado; muslos muy abultados; pecho ancho y bien provisto; postura firme y graciosa; andar veloz y ligero, y estatura de cinco pies ya desde la edad de catorce años. Tales eran los tesoros que me diéramos naturaleza, cuyo precio yo ignoraba, y tal vez esta ignorancia aumentaba su valor. Mucho disté de abusar de ellos, dijo mas tarde; pero si pudiese hermanarse el deber con el gusto para utilizar mejor lo que me queda, á buen seguro que no lo sintiera (1). Dificil es coger bien mi fisionomía, porque tengo mas alma que rostro, y mas espresion que facciones; á un artista vulgar no le es dado reproducirla, y aun es probable que no sabria verla. Un carácter blando, un alma fuerte, un entendimiento sólido y un exterior que todo esto anunciaba, me han hecho apreciar de todos cuantos me conocen. La situacion en que me he hallado me ha grangeado enemigos, pero mi persona no tiene ninguno, y los que mas me maldicen, nunca me han visto. Mi sensibilidad envuelve de tal modo todas mis otras cualidades, que á todas las avasalla. Mereció que Sainte-Lette dijese de mí que con talento suficiente para sutilizar agudos epigramas, jamas soltaba ninguno (2).»

Este bosquejo preliminar podrá servir de punto de mira, donde se fije la vista en el decurso de la narracion, la cual las mas de las veces será tomada de las mismas palabras de la interesada.

Madama Rolland nació en Paris en 1736; su padre era artista y su madre reunia á una figura hermosa un alma celestial. Llamáronla Mariquita (*Manon*) de cuyo nombre se chancó ella con gracia diciendo: «Por cierto no es un nombre de heroína, pero cualquiera se familiarizara gustoso con él al oír-

(1) *Memorias, pág. 114.*

(2) *Idem, pág. 4.*

le pronunciar por la voz suave, afectuosa y penetrante de mi madre y al ver la que lo llevaba.

Viva sin ser atolondrada, y naturalmente discreta, ya en su niñez todo su afán consistía en estar ocupada, y apropiábase con prontitud las ideas que se le presentaban. Supo sacar tanto provecho de esta disposición, que no se acordaba que jamás hubiese aprendido á leer: á los cuatro años ya estaba, como quien dice, completada su educación, porque desde entonces no hubo más que cuidar de que no le faltasen libros; cualesquiera que fuesen los que le daban ó los que le caían en las manos, absorbían todas sus facultades, sin que hubiese otro medio de distraerla más que con ramilletes. «La vista de una flor, dice ella misma, me alhaga la imaginación y conmueve agradablemente mis sentidos de un modo inesplorable, avivándome voluptuosamente el sentimiento de la existencia: so el tranquilo albergue paternal, juzgábame feliz en mi niñez teniendo flores y libros; y ora en el estrecho recinto de una cárcel, en medio de prisiones impuestas por la más odiosa tiranía, olvido la injusticia de los hombres, sus desacuerdos y mis males, con libros y con flores.»

Los primeros libros que casualmente cogió fueron el antiguo y nuevo Testamento, y los catecismos, pequeño y grande; *el Alcorán hubiera ella aprendido si le hubiese venido á la mano.* A la edad de siete años estaba tan versada en materias de religión, que el cura de San Bartolomé, enseñando un día la doctrina á las niñas, la cuestionó con intención sobre las órdenes de los espíritus en la celeste gerarquía, y ella contestó especificando los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, etc., todo con tan gran soltura, que el cura quedó pasmado. Desde entonces tuvieronla las mugeres devotas como predestinada.

Baile, música, dibujo, geografía, y hasta un poco de latín, todo lo abarcaba á un tiempo; á las cinco de la mañana ya estaba de pie, y no bien se había vestido, corría á su bufete y se llenaba la cabeza de toda esta variedad de materias.

A sus solas también había aprendido á ejecutar algunas tocatas en el bajo del padre Colomb, barnabita que frecuenta-

ba la casa de su padre, el cual se quedó admirado cuando pidiéndole que le tocara algo en la guitarra, cogió Mariquita su inmenso violoncelo y se puso á tocar. Decía que si hubiese encontrado un contrabajo, también hubiera subido á una mesa para aprenderlo.

En materia de libros, con todos se avenía. Sorbióse la Biblia y la Novela cómica, la Vida de los Santos y las Memorias de la señorita de Montpensier; llegando á estar de tal modo apasionada por la lectura, que hasta leyó un tratado de blason.

Afectóse empero más particularmente por Plutarco, en términos que á la edad de nueve años se lo llevaba á la iglesia á modo de semana santa; y desde entonces empezaron á germinar en ella las impresiones que la hicieron republicana sin que ella lo advirtiese.

«Con todo, dice ella misma, esa niña que leía obras tan serias, no por esto dejaba de manejar muy diestramente el lapicero y el buril, ni de ser á la edad de ocho años mejor bailarina que muchas jóvenes de mayor edad; también á esa niña solía mandarla su madre á la cocina para que atendiera á los cuidados domésticos, en que igualmente sobresalía, siendo capaz de hacer tan velozmente una sopa ó una tortilla como Philopœmen un haz de leña.»

A los once años el Tasso y Telémaco empezaron á conmover su alma y enardecer su imaginación. Sería hácia este tiempo cuando no dejó de hacerle alguna impresión la vista de un llamado Taboral, joven pintor de voz cariñosa y figura tierna y vergonzoso como una niña, que frecuentaba el obrador de su padre: cada vez que le oía llegar, siempre tenía ella que ir á tomar algún lapicero ú otra friolera; pero como su presencia la sonrojaba tanto cuanto le agradaba, volvía á salir más veloz que no había entrado con unos latidos de corazón y un temblor que iba á ocultar en su pequeño retrete.

Entonces principiaron á fermentar en su cerebro las ideas religiosas, las que á favor de su ardiente complexión se apoderaron de ella enteramente, adquiriendo gran vuelo y expansión. Abrió su alma al sublime delirio del amor de Dios,

al que debió el conservar la inocencia en los primeros y tan bellos años de su adolescencia, el poder resignarse en los demas al imperio de la filosofía, y el preservarse para siempre en su edad viril de las pasiones cuyo foco nutria su pujante organizacion.

«La devocion que se apoderó de mí, dice, me hizo enteramente otra: volvíme en extremo humilde y llena de timidez, y miraba á los hombres con una especie de terror, que aun se acrecentó cuando ví algunos que me parecieron amables. Vigilé mis pensamientos con escesa escrupulosidad: la mas leve imágen que se me ofrecia al entendimiento, aunque confusa, me parecia un crimen; y tal fué la costumbre que contraí de vivir reservada, que leyendo á los diez y seis años la Historia Natural de Buffon, siendo así que ya entonces habia dejado de ser devota, salté sin leerlo el artículo que trataba del hombre, y volví con rapidez las láminas á él correspondientes, temblando como si estuviéramos al borde de un precipicio. Finalmente no me casé hasta que tuve veinte y cinco años; y á pesar de tener mi alma cual puede imaginarse, sentidos sumamente inflamables y mucha instruccion en varias materias, cuidé tan bien de evitarla en ciertas otras, que los actos del matrimonio me parecieron no menos estraños que desagradables.»

La idea de la primera comunión, de este acto tan grave para un alma devota que á su vez debe influir tan poderosamente en su salud eterna, la ocupaba enteramente. Sobrecojala particularmente de un modo agradable la solemnidad del oficio divino, leía afanosa la esplicacion de las ceremonias de la iglesia, penetrábase de su sentido místico, hojeaba sus libros in folio de Vidas de Santos, y suspiraba por aquellos tiempos en que el furor del paganismo procuraba á los generosos cristianos la corona del martirio.

Cediendo á los impulsos de su imaginacion, echóse un día á los pies de sus padres y les pidió con los ojos arrasados en lágrimas que la permitiéran meterse en un convento; y sus ruegos fueron atendidos. En sus Memorias describe con seductora gracia el sentimiento de calma y alborozo que experimentó al entrar en aquella pacífica mansion.

«Débil resplandor alumbraba el cuarto en que me hicieron acostar con otras cuatro niñas de mi edad. Levantéme con silencio, y me fuí junto á la ventana que daba al jardín, el que se distinguia perfectamente con la claridad de la luna. Complaciáme en escuchar, como quien dice, el profundo silencio que en aquellos lugares reinaba, y me infundia religioso respeto. A trechos se veía la dilatada sombra de árboles gigantescos, que prometian seguro abrigo á la tranquila meditacion. Dirigí mis ojos al cielo, le ví puro y sereno, y me figuré sentir la presencia de la Divinidad que aplaudia mi sacrificio, y ya me ofrecia en recompensa la paz consoladora de una mansion celestial; suaves lágrimas de placer surcaron lentamente mis mejillas; en santo fervor enagenada reiteré mi resolucion, y me fuí á gozar del sueño de los escogidos (1).»

Su recogimiento, su reserva y admirable aptitud la hicieron distinguir de las demas novicias, y todas idolatraban por ella: en vez de pasar las horas de recreo jugando y divirtiéndose con las demas, retirábase solitaria para leer ó meditar al pie de algun árbol. «¡Qué grata sensacion me causaron la hermosura de la floresta, el soplo de los zéfiros y el aroma de las plantas! do quier veía la mano de la Providencia, conocia sus miras bienhechoras, admiraba sus obras; y penetrada de reconocimiento iba á adorarla á la iglesia, donde los magestuosos sonidos del órgano, acompañados de la interesante voz de las jóvenes religiosas cuando cantaban los motetes, me arrobaban y estasiaban. La religion católica, añade, cautiva la imaginacion por lo grande y lo terrible, al paso que ocupa los sentidos con ceremonias misteriosas alternativamente suaves y melancólicas. La eternidad que siempre se halla presente al espíritu de sus sectarios, los predispone á la contemplacion; mientras que su atencion se desahoga en prácticas diarias é imponentes ritos, que sirven para sostenerla y son otros tantos medios fáciles para avanzar cada vez mas hácia el fin propuesto. Las mugeres saben admirablemente realzar esas prácticas, acompañando las ceremonias con to-

(1) *Memorias*, pág. 42 y 43.

do lo que puede darles brillo y atractivo, y sobresalían particularmente en este arte aquellas religiosas (1).

«Ahora mismo que la filosofía ha disipado las ilusiones de una vana creencia, no puedo asistir sin interés á la celebracion del oficio divino cuando se hace con solemnidad (2).»

El día en que debía cumplirse el sacramento, hallándose ya preparada con retiros, largas oraciones, silencio y meditacion, penetróse en tales términos de la idea de una obligacion eterna y de la prenda de una felicidad infinita, que inflamada su imaginacion, enternecido su pecho, bañada en lágrimas y arrobada en celeste amor, fué imposible llegar al altar sin el apoyo de una religiosa que la sostuvo hasta la sagrada mesa.

Tanto fervor le grangeó reputacion de santa, de modo que las viejas devotas que la encontraban se encomendaban á sus oraciones. Apoderóse de su alma suave y profunda melancolía, y á esta deliciosa tristeza la apellidaba ella su compañera fiel, llegando hasta dedicarle una invocacion que se halló entre los escritos que ella denominaba producciones de su mocedad (3). Buscaba en el seno de la Divinidad, donde confiaba ser un día recibida, esa felicidad perfecta que codiciaba.

En este retiro fué donde hizo conocimiento con una educanda á poca diferencia de su misma edad, en quien le dió el cielo una amiga para toda la vida. Era devota cual ella;

(1) *Idem*, pág. 48.

(2) Pág. 50.

(3) He aquí una suma de dicha invocacion:

«Mi amable y fiel compañera, no me abandones jamas! A tí soy deudora de todos mis goces. Yo conozco todos tus encantos, por mas que con un velo los ocultes al vulgo, y tan solo los reserves para los escogidos: haz que sea yo siempre de este número! Los bienes que tu les dispensas no causan inquietudes ni remordimientos! La melancolía no es mas que una modificacion del placer, pues toma de este todos los caracteres agradables. Parecida á esas nubes doradas que hermosea el sol poniente, la melancolía intercepta con ligeros vapores los rayos del placer y los presenta con aspecto aun mas bello y agradable. Es cual bálsamo delicioso que sana las llagas del corazón.» (*Obras de madama Rolland*, por M. Champ. tomo 3.º, pág. 8 y siguientes).

y en los transportes de un mismo fervor esplayábase su amistad y mutuamente se estimulaban y sostenian para progresar en el camino de la perfeccion. Inspiraba igualmente particular afecto á Santa Ágata, hermana de alguna mas edad, escelente jóven, de extraordinaria fortaleza y de natural amasado con azufre y salitre, pero que por falta de dote tenia que residir entre las hermanas conversas ó legas; su energía reprimida llevaba al último extremo la sensibilidad de su corazón y la vivacidad de su espíritu; en la mesa observaba los gustos de la pequeña Manon y procuraba satisfacerlos; en el dormitorio complaciase particularmente en hacer su cama; cuando la encontraba la abrazaba tiernamente y se la llevaba á su celda, de la que le habia dado una llave; guardaba sus billetes como piedras preciosas y despues se los enseñaba cuidadosamente custodiados en su oratorio. Las religiosas octogenarias, como la vieja Gertrudis, le decian que la amaba demasiado.

Llegó el tiempo de regresar á su casa y separarse de la casa del Señor; pero antes de verificarlo derramó abundantes lágrimas con sus amigas, y en lo sucesivo mantuvo continua correspondencia con Sofía Canet, que es la amiga de quien acabamos de hablar; y este fué el origen donde adquirió el gusto y el talento en el arte de escribir, en que llegó á ser tan sobresaliente.

Continuó con sus prácticas devotas y aun llevaba el secreto proyecto de consagrarse á la vida religiosa. Sus lecturas favoritas eran el *Philoteo* de san Francisco de Sales, á quien llamaba el mas amable de los santos, y el Manual de san Agustín. «¡Qué doctrina de amor, esclama, y qué delicioso manjar para la inocencia de un alma ardiente entregada á las ilusiones celestiales!»

Sin embargo, la lectura de algunas controversias de Bossuet, por mas que fuesen favorables á la causa que este se propuso defender, le hizo advertir en algunas objeciones y la indujo á raciocinar sobre su creencia. Luego, varias conversaciones que tuvo con un llamado M. Boismorel, filósofo aunque noble, le hicieron entrever algunas verdades y echaron otras tantas semillas de reflexion en su cabeza meditabunda

No por esto dejaba atrás sus hábitos religiosos; *paseaba todos los días á lo largo del apacible río, contemplando la campiña, y se encaminaba con santo fervor á la iglesia para enternecerse al pie de los altares.*

Codicioso de emociones su tierno corazón, abríase á todas las que le ofrecía naturaleza. ¡Cuántas veces contemplaba conmovida desde su ventana, que miraba al Norte (*quai des Morfondus*), los vastos desiertos del cielo, su grandiosa bóveda azulada, y magníficamente dibujada desde el lejano levante, que arrancaba detrás del *Pont-au-Change*, hasta el brillante y carmíneo poniente, que caía tras los árboles del *Cours* y el caserío de Chaillot! «En los días serenos, dice, nunca dejaba de emplear algunos momentos de este modo á la caída de la tarde, y muchas veces se desprendían silenciosamente blandas lágrimas de mis ojos admirados, mientras henchido el pecho de inesplicable sentimiento, feliz y reconocido de existir, ofrecía puro y debido homenaje al Sér Supremo (1).»

Hacia rápidos progresos en la música, pero quejábese su maestro que era fría en el cantar y que no daba alma á su voz. Y ella hace esta observación: *¡No echaba de ver el pobre hombre que yo tenía demasiada alma para ponerla en una canción!* Sucedia lo mismo que cuando más jóvenes querían hacerle leer en voz alta algún episodio de Eucharis ó de Herminia, y ella no podía prestarse á dar espresión á un pasaje tierno, porque *esto era ageno del recogimiento con que ella anteriormente se gozaba.*

Volvió á sus estudios con más afición que nunca. ¿Quién créyera que tuvo paciencia para extraer y analizar las obras de Pluche, Rollin, Crevier, el padre de Orleans, Saint-Real, el abate de Vertot y Mezeray, el padre Catrou, Maimbourg, Berruyer, el caballero Follard, el abate Fleury, Condillac y el padre André, algunas poesías de Voltaire, los ensayos de Nicole, las Vidas de los Padres del Desierto y la de Descartes? Además fueron pasando sucesivamente por su vista la

(1) *Memorias*, páginas 91 y 92.

Historia Universal de Bossuet, las cartas de San Gerónimo, el Don Quijote, Diodoro de Sicilia, el abate Velly y sus continuadores, Pascal, Montesquieu, Locke y Burlamaqui.

«Tenía necesidad, dice, de ejercer la actividad de mi espíritu y de dar pábulo á mi inclinación por lo serio; quería ser feliz y no podía serlo sin dar amplio ensanche á mis facultades, pues para mí consistía la felicidad en la aplicación, y nada sé que pueda compararse con la plenitud de vida, paz y satisfacción que se goza en aquel tiempo de inocencia y de estudio (1).»

Sin embargo, acibaraban algún tanto la dulzura de esta vida, la ardua armonía del deseo de agradar, tan natural y vehemente en las mugeres, con la austeridad de semejantes estudios y de su devoción, y la no menos ardua del raciocinio con la fé.

Este raciocinio, que en ella tanto imperaba, empezó á darle algún desasosiego relativamente á los dogmas; nació la duda, y quebrantóse la fé. Principió con ir en busca de las obras de los grandes pensadores, y acabáronse de socavar sus doctrinas con la lectura del Sistema de la Naturaleza, el Buen Sentido del baron de Holbach, las Costumbres, el Espíritu, Diderot, d'Alembert y Raynal; y lo más particular fué que en las mismas obras que le diéran para afirmarse en su primitiva creencia, tales como el abate Bernier, Abbadie y Holland, halló ella los títulos de las obras que antes hemos citado, y por este medio se las procuró.

Otra revolución en ella se estaba produciendo, como lo esplica ella misma en estos términos: «Algunas veces, estando durmiendo profundamente, habíame despertado repentinamente agitada; pero esto no debe atribuirse á la imaginación, que en nada podía contribuir, pues la ejercía en cosas harto graves, y mi conciencia timorata la guardaba con harta cautela de ocuparse de otras, no pudiendo de ningún modo representarme lo que yo me abstenia de querer comprender. Empero un hervor extraordinario agitaba mis sentidos en el calor del descanso, y á impulsos de una esce-

(1) *Idem*, pág. 103.